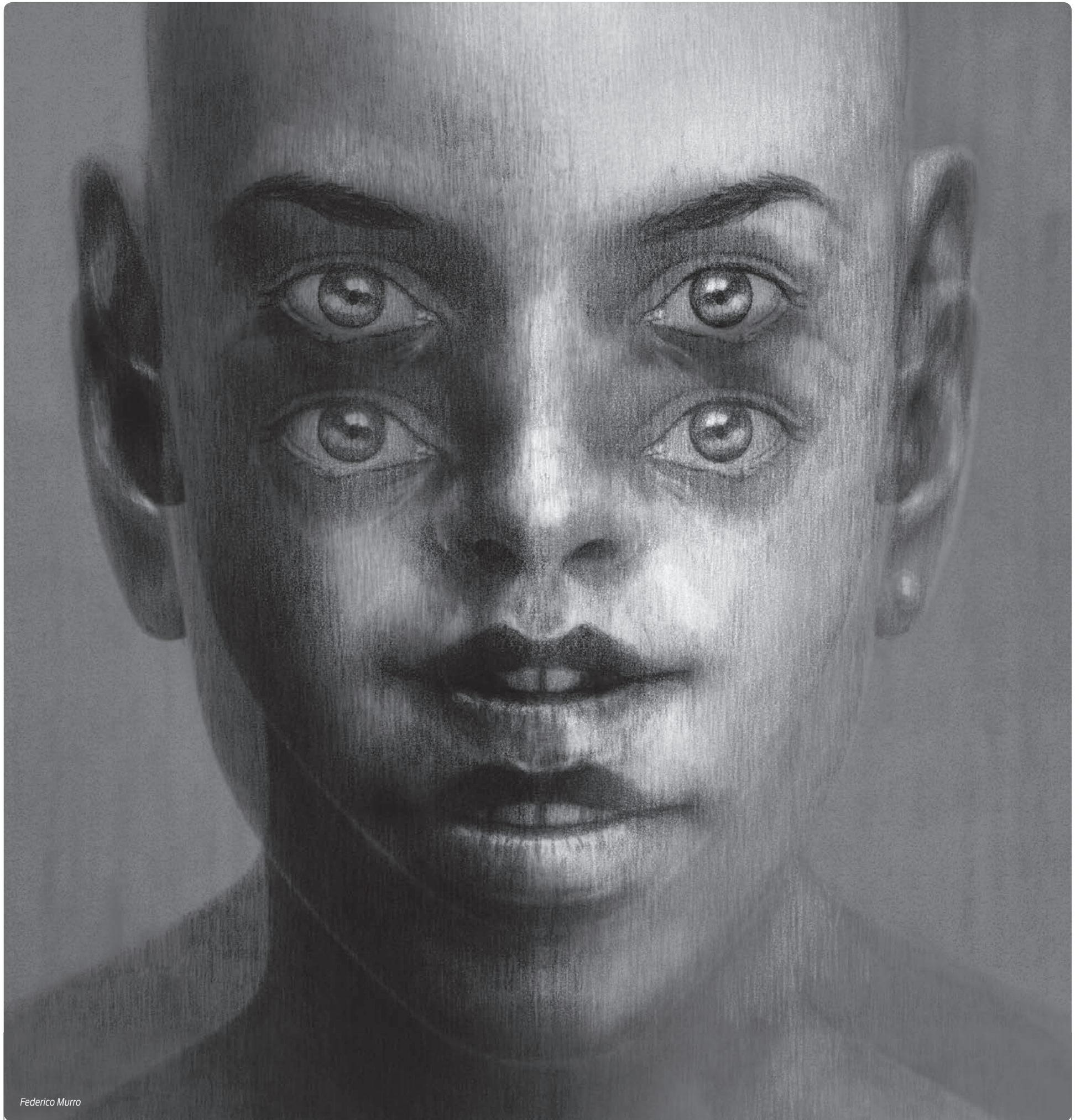


# INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Jueves 30 de junio de 2016 · Nº 10



Federico Murro

Endogamia feminista, capitalismo y otros hombres

## Todos confundidos

# Más allá de nosotras mismas

## Violencias, medios y guetos

LA VIDA SOCIAL no se puede reducir a la identidad, dice Judith Butler: sería un error saturar la vida con la identidad o utilizarla para no afrontar lo complejo.

A su vez, Rita Segato, antropóloga y activista, señala algunos de los errores del feminismo. “Básicamente, se profesionalizó. Se transformó en carreras, en profesiones en el campo académico o en el tercer sector y, en algunos casos, en la administración, donde también se comenzaron a perseguir los cargos relacionados con acciones y con políticas de género”. El problema, dice, es que si el género se profesionaliza de ese modo, sale de la política, porque se convierte en carreras individuales.

“Parte de ese problema es que las luchas de género se guetificaron. No es posible pensar sólo el género. Porque no es posible pensarlo por fuera de la sociedad, de la historia, de la colonialidad, del patriarcado. El género no puede ser pensado como un gueto de la reflexión. El pensamiento de género se convirtió, examinado de esa manera, en un pensamiento de especialistas que reproducen los esquemas etnocéntricos y patriarcales”. Segato advierte sobre la derrota de la guetificación feminista en su lucha para disminuir la violencia, y en cómo el discurso moderno sobre la igualdad, de orden jurídico, ha enmascarado las formas de dominación que dice confrontar.

Se pregunta por qué las feministas manifiestan una necesidad de indistinción, que enmascara formas de autoritarismo dentro del mismo movimiento, que busca el control, los protagonismos, la influencia de un pensamiento único, el prestigio y también los recursos económicos y financieros. Las mujeres deberían ser las primeras en reconocer el carácter plural de la experiencia, dice. En ese sentido, escribía Gonzalo Curbelo hace unos meses en *Incorrecta* sobre la academia anglosajona: “... ni aun así el discurso feminista, por más radical y confrontativo que fuera, había adquirido el carácter censor y autoritario -incluso hacia el interior del movimiento- como el que está asomando en algunos ámbitos actuales, cuando, paradójicamente, parecería haber ampliado su base representativa para incluir una mayor diversidad de pensamiento. Una tendencia centrada en la directa supresión o indiferencia hacia cualquier disenso y que amenaza crear una amarga brecha entre el feminismo actual y la generación que llevó adelante la revolución de los años 60-70”.

### Repeticiones y cegueras

El campo de análisis feminista más notorio de Segato es el feminicidio en Ciudad Juárez y Centroamérica. Podemos decir, “ah, terrible pero lejano”: ese organizado machismo criminal no nos representa, nosotros sólo tenemos hombres abusadores que encima terminan



PABLO VIGNALI (ARCHIVO, JUNIO DE 2015)

matándose después de matar. Crímenes de la vida privada. Sin embargo, a medida que avanza en su análisis de *La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez*, Segato se va acercando a esta parte del continente, a la muerte paradigmática de Candela en la provincia de Buenos Aires, a la pedagogía de la crueldad que ejercen los medios, con especial énfasis en la televisión argentina y obviamente en Tinelli. Se va acercando a esquemas de comportamiento cultural que atraviesan las bases sociales de este continente.

En la peluquería leo en forma de titular en la revista *Caras* este dilema de algunos famosos y su descendencia: “Mi hija quiere ir al Bailando pero el padre no la deja”.

Segato escribe: “Hay un aspecto que no se me había ocurrido, y es lo que sucede entre los avances normativos y la televisión argentina, que hace un trabajo opuesto al que se lleva a cabo en el campo de

las leyes. Hay una tensión extrema entre la pedagogía de la crueldad que emplean para referirse a las mujeres. Es una pedagogía que enseña a la rapiña, a la flagelación del cuerpo femenino, a la disminución del umbral de sensibilidad hacia el otro. En Argentina hay un distanciamiento progresivo entre el trabajo de los medios y la pedagogía ciudadana”. Y cuestiona, una vez más, el sentido común extendido pero distorsionado, o el abandono, ahora sí, de ciertas convicciones que traen ciertas posturas relativistas: “No creo, para nada, en los estudios de la recepción que sostienen que la recepción tiene autonomía y libertad, que se cambia de canal y listo. No es así. Este gran cuento de la libertad de los sujetos nos puso anteojeras en los estudios de comunicación. En algunos casos, esta ceguera dio lugar a una academia despolitizada, porque elegir iluminar aquí y no iluminar allá es un proyecto político”.

Leer o escuchar a Rita Segato es una experiencia de profundidades únicas. La claridad y solidez de sus análisis como antropóloga y feminista tienen características sobresalientes en el pensamiento y el activismo feministas en nuestra América.

El dolor de los temas que trata lo supera con el dispositivo esclarecedor del análisis y con la complejidad de un pensamiento que no conduce a ningún reduccionismo, sino que, por el contrario, pone en evidencia que sin un más allá de sí mismo ningún feminismo ni ningún “yo” tiene sentido ni destino.

Carlos Real de Azúa consideraba, en momentos anteriores al pensamiento poscolonial, peculiares y positivas las restricciones que un país y una cultura periférica imponían a la creatividad de los intelectuales uruguayos. Hago extensiva esta observación a la categoría intelectual que integra esta argentina-brasileña (con Google

se puede abordar toda su carrera, me eximo de ello) para pensar y expandir el horizonte de los problemas examinados, que vuelve banal, por contraste, una reflexión académica ortodoxa propia de la rutina de los países centrales o de sus epígonas criollas, así como cualquier acción meramente presentadora de eslóganes.

No es posible pensar ninguna política de las diferencias, las inclusiones y las diversidades sin la estructura de poder que las produce. Aquel que está presente en la costumbre cultural de posesión sobre la mujer, ejercida por el marido de *Te doy mis ojos*, tan infeliz en su crueldad, como diría Segato, que advierte también contra el multiculturalismo que acepta la “costumbre” como diferencia cultural, aunque conduzca a la muerte.

Su análisis de lo que es y representa Ciudad Juárez (terrible pero lejano...) pone el foco en el pacto masculino a través de la ritualidad de los “crímenes expresivos”, crímenes del poder, alianzas mafiosas masculinas, con las que la fratría de guerreros se reproduce y se señala a sí misma al marcar jurisdicción en los cuerpos de las mujeres y de los niños, que son la *nuda vida*, los seres humanos frágiles sin soberanía y descartables que analiza Giorgio Agamben (“*homo sacer* es aquel con respecto a quien todos los hombres actúan como soberanos”). Las víctimas como desechos finales del capitalismo: capital y muerte, la estructura del patriarcado funcional al capitalismo.

### Disección profunda

El pensamiento de esta mujer avanza como un erudito detective en el acopio de los datos del enigma Ciudad Juárez, establece la incertidumbre, se pregunta y sigue avanzando hasta componer no un friso sino una esfera de sentidos donde ninguno está solo. Si no fuera por su prosa serena y organizada, sería un vértigo de sentidos anudados. Pero la serena solidez asegura la legibilidad; también la ausencia de retórica o de tecnicismos ensimismados. Una mujer intensamente preocupada y con instrumentos complejos para compartir sus alertas.

Porque feminismo y defensa de la vida se han convertido en una asociación urgente en el caso extremo de Ciudad Juárez, pero también en nuestros países, por la frecuencia de mujeres muertas por las manos de los hombres, donde cada vez más hay una menos. Y ahí es donde Segato tira otro guante: el de la producción de masculinidad y nuestra obligación de analizarla de manera no escindida (“el hombre violento es muy infeliz en su crueldad”), viendo todo lo que lleva a las prácticas de des-sensibilización, esenciales para la preparación de los hombres para la guerra en una sociedad amenazada por la presencia de las mujeres. ■

### PARA PENSAR

## Capitalismo Gore

“Sayak Valencia toma el término *gore* de un género cinematográfico centrado en la violencia extrema para describir la etapa actual del capitalismo en ciudades fronterizas donde la sangre, los cadáveres, los cuerpos mutilados y las vidas cautivas son herramientas en la reproducción del capital. *Capitalismo Gore* se basa en el análisis transfeminista y la experiencia personal en una ciudad fronteriza (Tijuana). [...] El aspecto más fuerte de esta obra es que la autora caracteriza la violencia como una nueva epistemología. La define como un conjunto

de relaciones que atan nuestro tiempo con prácticas discursivas y materiales originadas en el neoliberalismo. En la epistemología del capitalismo *gore*, la violencia tiene un triple rol: como herramienta de mercado altamente eficaz; como medio de supervivencia alternativo; y como mecanismo de autoafirmación masculina. [...] La importancia del trabajo de Valencia radica en la elaboración de un entramado conceptual que las herramientas teóricas del neoliberalismo ni siquiera reconocen, y que los textos sobre biopolítica/necropolítica

-la más crítica del neoliberalismo- no contextualizan para el caso fronterizo mexicano (Mbembe 2011; Gržinic 2009, entre otros). En su marco teórico-conceptual Valencia caracteriza las dinámicas política, cultural, económica y de poder del capitalismo *gore* definiéndolas como: Narco-Estado, hiperconsumo, tráfico de drogas y necropolítica”. ■

Extracto de una reseña publicada en *Book Review sobre Capitalismo Gore* (2010), de Sayak Valencia, por Ariadna Estévez (aestevez@unam.mx), Centro de Investigaciones sobre América del Norte, UNAM).

# Hombre no se nace, se hace

Varones, feministas y deseantes

CUANDO ME preguntan si soy feminista, nunca sé muy bien cómo responder. Sí, soy feminista, pero no es evidente qué quiere decir que un varón se nombre así. Antes que nada, porque muchas mujeres sostienen la posición de que no es posible tal cosa, un varón feminista; mientras otras festejan cada vez que alguno declara serlo, por lo que ya decirlo es tomar una postura en un debate interno de un movimiento al que no necesariamente estoy invitado.

Los varones (y menos aun los varones universitarios) no estamos acostumbrados a que se discuta sobre si podemos hablar, y esta situación abre una serie de incomodidades. Mi actitud ante esto es relativamente sencilla. Si una organización feminista me invita a algo, voy. Si no me invita, entiendo que está en su derecho. Si entiendo que estoy en el mainstream del feminismo, salgo a apoyarlo, y si veo que no, me callo la boca. Desde el punto de vista de una ciudadanía universalista a la que nada de lo humano le es ajeno, esta solución no es la más deseable, pero la paradoja es que la mejor manera de participar en el feminismo como varón implica aceptar que uno no siempre se identifica con él.

Es que las mujeres sí están acostumbradas a que se discuta sobre si pueden hablar o no. Y también a que no se las invite adonde se habla, a que se les hable por encima si intervienen, a que si logran hablar no se las escuche, a que si se las escucha sea con condescendencia. Precisamente, uno de los problemas que el feminismo piensa políticamente es quién puede hablar y quién no, por lo que aprender a callar es tan necesario en algunas situaciones como lo es aprender a hablar en situaciones incómodas.

El feminismo politiza muchos temas como éste, que están en los bordes de la política. La desigual distribución del tiempo libre y del trabajo doméstico, el inequitativo acceso a redes informales (de amistades, de respetos, de contactos) por las que circulan el poder y la información, las distintas expectativas sobre lo que debería hacer y sentir cada uno. Se trata de asuntos en los que se puede (y se debe) hacer juicios universalistas, pero que son fuertemente situacionales, y que desafían el pensamiento político más tradicional según el cual un problema es político cuando puede ser administrado por una intervención uniforme del Estado.

## Qué hombres

Ser un varón feminista, entonces, no pasa simplemente por saber callarse o apoyar ciertas batallas políticas de las organizaciones feministas; también refiere a aprovechar la expansión feminista de lo político en cuanto a pensar asuntos relacionados con



PABLO VIGNALI (ARCHIVO, JUNIO DE 2015)

la vida para aprender a entender, y a combatir, el sufrimiento cotidiano del otro (y el propio), fruto de jerarquías y poderes muchas veces informales y naturalizados.

Es que también existen jerarquías y poderes *entre* los varones, que operan con lógicas de exclusión y estereotipos similares a los que operan sobre las mujeres. Cuando un hombre es juzgado por ser de alguna manera afeminado o femenino (o premiado por ser "más hombre"), está operando sobre él una versión del mismo machismo que ataca a las mujeres. La vigilancia constante contra posibles señales de homosexualidad en varones heterosexuales (si no te gustan los autos, si no te gusta el fútbol, si no aprovechás todas y cada una de las oportunidades de coger) por parte de los grupos de pares son formas de ver cómo actúa la homofobia limitando la vida de varones heterosexuales. El género organiza todo un sistema de violencias, humillaciones y explotaciones que ordena buena parte de nuestras vidas cotidianas. Y el feminismo busca entender y combatir ese sistema, llamado patriarcado.

Los que no queremos vivir entre violencias, humillaciones y explotaciones necesitamos de un pensamiento feminista, pero ahí es donde las cosas se ponen complicadas. Porque mucho de lo que implica ser varón (viril, violento, desapegado, asaltado por una urgencia sexual incontenible) está directamente relacionado con ese sistema.

Haciendo una analogía con el pensamiento sobre otro campo, si uno está en contra del capitalismo y proyecta o piensa un mundo socialista, parte de la base

de que éste sería un mundo sin burgueses (también sin proletarios), aun si uno es burgués (y aun si uno es proletario). Una posición difícil de sostener de manera coherente, pero que es en parte posible gracias a la mediación del Estado: uno puede estar a favor de que el Estado redistribuya riqueza y poder sobre los medios de producción, yendo contra su posición de clase. Pero con el machismo la cuestión se vuelve más compleja, porque no existe la mediación estatal del deseo político (más allá de que se puede estar a favor de políticas públicas que ataquen estos problemas), y uno tiene que hacer el trabajo por sí mismo, con uno mismo, contra estructuras que hacen a la personalidad, el deseo y las relaciones más íntimas. Ser un varón feminista implica pensar en cómo no ser un hombre, o mejor dicho, no encarnar la idea de hombre implícita en las formas patriarcales de organizar lo masculino y lo femenino.

Se presenta, entonces, un problema adicional, que es el del deseo, de hombres y de mujeres. ¿Qué tanto se puede operar políticamente sobre las ganas, la diversión, la inseguridad o la atracción? ¿Qué tanto el deseo de las mujeres pasa por las características patriarcales de los hombres? ¿Cuánto del deseo de los hombres pasa por la competencia con otros hombres y usando a las mujeres como árbitros o medidas de ciertos "atributos" masculinos? ¿Qué quedaría del amor si se borrara todo esto?

No lo sé, pero sí creo que la forma en que suele estructurarse el deseo y el amor es causa de infinidad de violencias y subordinaciones. La pareja monógama

tiende a hacer del otro una propiedad, o por lo menos dificultad lidiar con su libertad. La familia basada en una pareja es sumamente vulnerable si uno de los dos tiene problemas económicos (imaginemos cuánto menos vulnerables al desempleo serían arreglos afectivos-domésticos más expandidos). La soledad y el desamparo de muchos viejos también está directamente relacionado con este formato de organización de los afectos.

## Afecto, capital

Al mismo tiempo, y por suerte, todas estas estructuras están siendo fuertemente cuestionadas. El matrimonio perdió casi todo su prestigio, la soltería dejó de ser un estigma (y hasta pasó a ser un valor), las vidas con arreglos afectivos no heterosexuales y monógamos se hacen cada vez más vivibles. Pero no queda claro que sea solamente una práctica feminista la que cuestiona ciertas formas tradicionales del patriarcado.

El nuevo mundo libre es un mundo en el que los afectos están individualizados, mercantilizados, informatizados y medidos en su performance (aplicaciones como Tinder son el mejor ejemplo de esto), cosa que se parece más a un mundo neoliberal que a una utopía feminista (o socialista) sin explotaciones ni humillaciones. Pareciera que estamos en camino de sustituir al segundo arreglo afectivo más burgués -la familia basada en una pareja heterosexual monógama- por el más burgués imaginable: el individuo libre.

Que no se entienda, por favor, que me estoy plegando a la moda de, bajo el estandarte de lo

políticamente incorrecto, despreciar al pensamiento feminista y asociarlo en bloque a las imposiciones del imperialismo cultural yanqui. No tiene que haber nada de imperialista ni domesticador ni censor en el feminismo, y en todo caso también es censor aplicar la etiqueta de "políticamente correcto" a cualquier pensamiento sobre estos temas asimilándolo a sus versiones mercantiles, tecnoburocráticas y primermundistas.

Este mismo problema ocurre con muchos movimientos: el antirracismo, la liberación de las drogas y la lucha contra la propiedad intelectual tienen sus versiones mercantiles, tecnoburocráticas y primermundistas, que por sus capacidades económicas e ideológicas muchas veces terminan influenciando fuertemente a las versiones locales de esos movimientos. Pero tampoco hay que olvidar que en Estados Unidos también existen el racismo institucional de exportación, la DEA y Hollywood, luchando con igual o mayor fuerza contra esas mismas causas.

El imperio no es (en estos temas) un bloque, ni nosotros un receptor pasivo. Por su poder, es capaz de enviarnos a sus evangélicos rabiosamente machistas y a sus tecnoburócratas feministas a dar acá las batallas que no logran resolver allá. Los argumentos antiimperialistas y anticapitalistas contra el feminismo (como los que podrían hacerse relativizando la barbarie de Estado Islámico, y los que esgrimen algunos machismos de izquierda) empobrecen al antiimperialismo y no ayudan a comprender las dinámicas reales de ensamblaje entre patriarcado, capitalismo y colonialidad.

Este trabajo de comprensión es fundamental, porque no se puede entender la división internacional del trabajo en el capitalismo sin la raza (ni la raza sin entender la historia colonial del capitalismo), ni entender la capacidad del capitalismo de reproducirse sin entender las dinámicas de organización del afecto y la solidaridad familiar (ya que sin familia no hay herencia ni reproducción de la fuerza de trabajo).

Entender estas complejidades no es excusa para no pensar acá, en esta parte del mundo, en cómo distribuir los cuidados, cómo abordar mejor los arreglos afectivos, cómo desterrar la violencia de género y cómo cambiar nuestras formas de ser y de relacionarnos para no someternos (y no someter a otros) a jerarquías, violencias y humillaciones. Es que el lado bueno de ver cómo el capital y el neoliberalismo operan sobre las formas de relacionarnos y desearnos es que demuestra que es posible actuar políticamente sobre el deseo y crear nuevos amores. ■

# Cuando no es no

La revuelta de Stonewall y sus representaciones

MIENTRAS AÚN no se disipan los ecos siniestros de la matanza de Orlando y los escalofríos por lo que pudo pasar si no hubieran detenido a otro posible asesino que se dirigía hacia el Gay Parade de San Francisco con una camioneta llena de armas y explosivos, mientras los medios discuten si el armamentismo, la religión o la locura están detrás de esta masacre, y mientras otros deliberan si es momento de congoja, de miedo o de furia, prácticamente nadie ha señalado la conexión del mes de junio con toda una serie de festejos de la diversidad sexual que se extienden a lo largo de estos 30 días por todo el hemisferio norte, y que no tienen tanto que ver con el clima amable del verano, sino con una noche de furia ocurrida hace 47 años: la revuelta del bar Stonewall.

En 1969 Nueva York era, con San Francisco, una de las ciudades más tolerantes de Estados Unidos en relación a los homosexuales, y tal vez la que tenía la mayor comunidad. Andy Warhol y sus *drag queens* dominaban la escena cultural de la ciudad y las obras de teatro con figuras travestidas y libertinas hacían furor en el teatro *off Broadway*. Los poetas beat aún vivían en Greenwich Village escribiendo sus cantos al amor del mismo sexo, Susan Sontag escribía elogiosas defensas de la prohibidísima película *Flaming Creatures* de Jack Smith y su universo hermafrodita y orgiástico, y *The Velvet Underground* y sus oscuras letras sobre gays y heroína era la banda más célebre de la ciudad. Pero aún era una ciudad muy lejos de ser realmente equitativa o siquiera amable para los gays, las lesbianas o los trans. La frecuentemente brutal Policía neoyorquina realizaba periódicas razias en la zona de los mataderos -donde los gays se encontraban en camiones vacíos-, cualquier persona vestida en forma no acorde con su sexo de nacimiento podía ser detenida, y los únicos centros nocturnos que permitían el ingreso de homosexuales eran antros de mala muerte regentados por la mafia, que, por un lado, le pagaba sobornos a la Policía para que hiciera la vista gorda con las costumbres de sus parroquianos, y por el otro, extorsionaba a los más adinerados de estos clientes, amenazándolos con hacer pública su inclinación sexual en sus ámbitos laborales.

Pero a fines de los años 60 los tiempos estaban cambiando, y los homosexuales neoyorquinos más politizados comenzaban a reunirse alrededor de la Sociedad *Mattachine*, una organización creada por Harry Hay en Los Ángeles, que se había extendido por las principales urbes de Estados Unidos. Los *Mattachine* militaban por una integración pacífica, basada en el concepto de que los homosexuales podían verse y comportarse como cualquier ciudadano "normal" más allá de sus conductas amorosas privadas. Se distanciaban de los comportamientos que hicieran su condición



Una de las únicas fotos del día de la revuelta de Stonewall.

explícita y de las manifestaciones públicas o escandalosas, prefiriendo operar directamente en los círculos políticos, donde habían tenido éxito en frenar algunas medidas discriminatorias y reprobaban el descaro de los jóvenes gays de sexualidad evidente que habían comenzado a poblar las calles del Greenwich Village y Chelsea. Pero serían éstos los más despreciados incluso dentro de la comunidad gay y los más violentamente reprimidos por las fuerzas del orden los que protagonizarían la revuelta de Stonewall.

## Una calle en llamas

De los escasos centros nocturnos neoyorquinos que permitían la entrada a homosexuales sólo uno de ellos, un bar regentado por la mafia frente a la plaza de la Christopher Street, al norte del Greenwich Village, permitía -en una sala más o menos oculta- que bailaran parejas del mismo sexo. El bar se llamaba Stonewall y entre su clientela se entremezclaban ejecutivos homosexuales de Wall Street y prostitutos masculinos, *drag queens* y chicos gays fugados de sus hogares, muchos de los cuales dormían en la plaza frente al bar y lo habían tomado como su segundo hogar.

Todavía no se sabe exactamente cuál fue el motivo por el que la Policía neoyorquina decidió hacer una razia en el Stonewall el sábado 28 de diciembre de 1969, pero aparentemente no fue la discriminación la causa principal, sino algún desacuerdo entre los oficiales de vicio y los sobornos que los mafiosos dueños del local les pagaban lo que produjo que los primeros decidieran llevarse a todo el mundo en masa, empezando por las lesbianas y los trans. Pero aquel día algo se quebró cuando varios de los clientes se resistieron al arresto.

Era una noche calurosa de verano y la calle estaba llena de habitantes de la zona que se acercaron para ver qué pasaba e, irritados con la actitud de los policías, comenzaron a protestar de forma cada vez más violenta. Los policías encargados del operativo tuvieron que volver a entrar al bar, donde se atrincheraron y pidieron refuerzos, esperando que la multitud reunida afuera se disolviera al verlos llegar. A pesar de su aspecto afeminado que tanta gracia les hacía a los policías, los chicos que dormían en la plaza, los prostitutos, las *drag queens* y los transexuales de la Christopher Street estaban endurecidos por la vida en la calle y, no sólo resistieron a los embates de los bastones recién llegados, sino que -bailando en hilera y entonando cánticos burlones y gritos de "Gay Power!"- los hicieron retroceder y dejar en libertad a sus cautivos.

A la noche siguiente los policías, humillados y ridiculizados por la prensa conservadora, volvieron con más efectivos y sed de venganza, pero la multitud que los había rechazado la noche anterior seguía allí. Tampoco estaban solos, poco a poco algunos militantes de izquierda, *black panthers* o simples simpatizantes antiautoritarios se fueron arrojando, asombrados por la furibunda resistencia de quienes ellos mismos despreciaban hasta entonces. Se acercaron a ver cómo lo que consideraban un montón de maricas volvían a hacer retroceder a los de azul, provocando incendios y destrozando algunos patrulleros. Los incidentes duraron cuatro noches -increíblemente, sin heridos de entidad- hasta que finalmente los grupos reunidos fuera del Stonewall se disolvieron natural y pacíficamente, y todo volvió a la

normalidad. Pero esa normalidad había cambiado para siempre. El poeta beat homosexual Allen Ginsberg visitó el Stonewall en los últimos días de la revuelta y declaró luego: "Los chicos ahí eran tan hermosos. Habían perdido esa mirada herida que tenían todos los maricas hace diez años".

## El cine y la revuelta

Recientemente, con el estreno de la película *Selma* (Ava DuVernay, 2014), basada en una de las más notorias acciones de protesta organizadas por Martin Luther King, muchos se preguntaron cómo, en un país en el que casi cada acción más o menos heroica de su historia tiene casi inmediatamente una versión cinematográfica -la marcha de Luther King desde Selma hasta Montgomery fue en 1965-, había demorado casi medio siglo en tener una versión de celuloide. Con la revuelta de Stonewall ocurrió algo similar. Había sido el punto iniciático del documental sobre el surgimiento del movimiento de los derechos homosexuales, *Before Stonewall: The Making of a Gay and Lesbian Community* (Greta Schiller, Robert Rosenberg, 1984), que culminaba en los disturbios como el auténtico momento en que el movimiento alcanzó respeto e influencia social. Su tardía continuación, *After Stonewall*, (John Scagliotti, 1999), seguía el desarrollo del movimiento a partir de la misma fecha y ambos dedicaban extensos fragmentos a narrar los altercados y sus consecuencias. Más específica era *Stonewall Uprising* (Kate Davies, David Hailbroner, 2010), dedicado por entero a la revuelta, y que conseguía el milagro de ser sumamente ilustrativa a pesar de la casi inexistencia de material gráfico sobre los acontecimientos.

Pero Hollywood demoró hasta 2015 para realizar una versión ficcionalizada de lo ocurrido en Stonewall, y extrañamente el director no fue ni Todd Haynes ni Gus Van Sant o algún otro nombre relacionado con el New Queer Cinema, sino el alemán Roland Emmerich, conocido más precisamente por lo comprometido de sus películas -como *El día después de mañana* (2004) y *2012* (2009)-, dedicadas a llevar a la pantalla las mayores catástrofes naturales que los efectos especiales puedan producir. Sin embargo, Emmerich siempre fue un artista militante de la causa de los derechos LGBT en su vida personal, y por una vez quiso llevar esa militancia a su trabajo como cineasta, mediante *Stonewall*, un film que narra la historia de un joven gay de pueblo chico que, rechazado por su entorno, viaja a Nueva York, se hace amigo de los jóvenes callejeros de la Christopher Street y termina participando en los disturbios del Stonewall.

El film es flojo, simplista y melodramático (algo que puede extenderse a casi toda la filmografía de Emmerich), pero no fueron estas características las que produjeron las mayores reacciones de rechazo, sino -una vez más- el recurrente canibalismo de los movimientos de derechos sociales, que le recriminaron que la película no fuera lo bastante diversa en lo étnico y convirtiera a la revuelta en un acontecimiento de hombres blancos y rubios. Una crítica más bien imbécil, ya que si bien el personaje principal y ficticio corresponde a esta descripción -y definitivamente había rubios anglosajones entre los asiduos al Stonewall-, no es así en el resto del elenco, y si algo se puede rescatar de la película de Emmerich es la fiel reconstrucción de época y la fidelidad histórica de lo que se sabe de aquel día furioso.

Hoy en día el Stonewall -reconstruido varias veces y con distintos dueños- aún sigue en la localidad de la Christopher Street, con una placa que recuerda lo ocurrido en 1969 y algunas estatuas de figuras del mismo sexo tomadas de la mano.

Pero no son esos símbolos el auténtico recordatorio, sino el desfile del Orgullo Gay que todos los años se celebra en estas fechas. Un año después de los disturbios de Stonewall, los participantes -unidos a la Sociedad *Mattachine* y grupos de activistas lesbianas- decidieron realizar una pequeña marcha, esperando reunir algunos centenares de manifestantes que recordaran aquel día en que los policías tuvieron que huir y la calle fue suya. La marcha reunió 10.000 participantes y desde entonces no ha dejado de celebrarse. Este año, sin dudas, con un toque sombrío a causa del horror reciente, pero con el recuerdo de lo que no fue un día trágico o débil, sino uno de fuerza y orgullo. ■

# Quién tira la primera bala

Armas de fuego y dominación racial en Estados Unidos

NI UNA SEMANA, ni un día sin que se oiga hablar de las armas de fuego en Estados Unidos. Las masacres suceden a las matanzas y las matanzas a las masacres. Los artistas y los intelectuales se interrogan, como Michael Moore en *Bowling for Columbine*. Impotentes frente a la Asociación Nacional del Rifle (NRA por su sigla en inglés), Barak Obama no pudo cambiar nada al respecto, y las lágrimas que virtió después de una tragedia reciente han marcado las mentes. Hillary Clinton busca también limitar el uso de las armas, pero es poco probable que lo consiga. La mayoría de los senadores, demócratas incluidos, están financiados por estos lobbies. Con el dedo en el gatillo, los propios policías son los primeros en disparar a quemarropa sobre el primer sospechoso a la vista, sobre todo si es negro. Es así que murieron Trayvon Martin, Tamir Rice, Jordan Davis, Kajieme Powell, entre otros; errores recurrentes que son el origen del movimiento Black Lives Matter. Y es por lo que Ta-Nehisi Coates redactó ese libro notable, distinguido por el National Book Award: *Between the World and Me*.

Y nos asombramos cada vez de esta sociedad estadounidense en la que las armas de fuego están tan presentes. Nos asombramos de estas niñas que, desde los cinco años, aprenden a disparar con balas reales y pistolas rosas que se parecen a juguetes de la marca Hello Kitty.

## Orígenes, venganzas

En realidad, esta cultura, para no decir este culto a las armas de fuego, no puede ser entendida fuera del contexto de esclavitud del cual es producto. Pero aunque el tema sea regularmente evocado en los medios, este origen totalmente evidente nunca es mencionado. Nos sorprendemos muchas veces, pero no se explica nada. Sin embargo, es una de las consecuencias más visibles de la historia colonial de los Estados Unidos de América.

Medimos mal la paranoia propia de los primeros colonos que se instalaron en el supuesto Nuevo Mundo. Confrontados a los rigores del clima, a la hambruna, a las enfermedades, y sobre todo a los indios, ellos vivieron en una angustia permanente, y de hecho, en los inicios de la época colonial muchos establecimientos desaparecieron totalmente, dejando a su paso sólo los rastros y las ruinas de una presencia fantasma. Los que, algunos meses más tarde, llegaban con víveres y refuerzos descubrían con terror los cadáveres descompuestos, muchas veces acribillados de flechas, de sus predecesores, antecedente de lo que, tal vez, les esperaba a ellos. Así, de generación en generación fue transmitido, si no el recuerdo, por lo menos el traumatismo que se había provocado.

La pesadilla se volvió total con los principios de la esclavitud. Los indios eran una amenaza externa que se podía detener, poner a



Panteras Negras. / S/D DE AUTOR

distancia. Los esclavos, en cambio, vivían en el corazón mismo de las plantaciones. Sin embargo, el negro más manso, más dulce en apariencia, podía volverse el enemigo más cruel. Se evocaba con angustia a esas cocineras que mezclaban vidrio molido con la sopa del amo, quien moría luego, después de sufrimientos atroces, sin que nunca se descubriera el origen del deceso. Se temía en toda la Luisiana los hechizos que los negros del bayú, herederos del vudú, difundían a su alrededor. Se sabía que rondaban en los alrededores los "bush negroes", esclavos cimarrones, escapados y viviendo de rapiñas y tráfico en la proximidad de las plantaciones. Se temía sobre todo las revueltas recurrentes, que podían acabar en verdaderas masacres.

El ejemplo de Haití, de Toussaint Louverture y sobre todo de Dessalines, permaneció en todas las memorias, y miles de blancos fueron asesinados en esta ocasión. "Hacer como en Santo Domingo" se volvió un leitmotiv en la boca de los esclavos. Es lo que afirmaban en todo caso los amos asustados. Mezclando en su persona la figura del profeta y la de Espartaco, Nat Turner se volvió noticia en los diarios, suscitando muchas vocaciones, y muchas otras insurrecciones tuvieron lugar en todo el continente. Entre 1521 y 1882, en el conjunto de las colonias americanas, 338 revueltas notables fueron identificadas, o sea, prácticamente una revuelta por año, cada una haciendo temer fenómenos de contagio.

Los rumores más locos circulaban en todos los sentidos, y los

colonos, que vivían en la angustia, implementaban una política de terror para intentar disuadir de antemano a los esclavos tentados por la revuelta. Conscientes de la crueldad que ejercían para con los negros, los amos tenían fundamentos para temer lo peor en caso de rebelión. En otros términos, la esclavitud fue, por así decir, una guerra civil y racial permanente.

## Alianzas enfrentadas

Se temía, sobre todo, que, por casualidad, los negros hicieran alianza con los indios, lo que sucedió en el caso del episodio famoso de los Natchez, sobre el que el escritor francés René-François de Chateaubriand escribió el libro *Atala*. Los blancos se veían como en una "ciudadela asediada", metáfora recurrente en la mitología nacional. Y como todas las paranoias, este gran miedo se fundaba sobre bases en buena parte racionales. Frente a los indios, aún se podía construir paredes, como lo atestigua la famosa pared de Wall Street, construida por los neerlandeses. Pero frente a los esclavos, ¿qué se podía hacer?

Sin poder poner un soldado detrás de cada colono, se pensó que se podía al menos poner un fusil entre las manos de cada uno. La posesión de un arma de fuego, que fue primero una cuestión de supervivencia, se convirtió pronto en un marcador social y cultural: era el privilegio blanco por excelencia. Porque, evidentemente, las armas de fuego estaban prohibidas a los negros, a *fortiori* a los esclavos. Varias leyes fueron votadas en este sentido, y en algunos estados, sobre todo en el sur, un negro en

posesión de un arma de fuego podía ser condenado con todas las de la ley. El fusil se volvió de ese modo el símbolo propio de la dominación racial en Estados Unidos incluso cuando los negros tuvieron acceso a las armas de fuego.

## Hoy como ayer

Y está claro, aun hoy, que la NRA es primero un lobby blanco, cosa notable aunque pocas veces observada, y que su combate no sólo está motivado por la preocupación en cuanto a la seguridad. Para quien escucha a sus voceros, es obvio que la posesión de un arma de fuego es, ante todo, una cuestión de identidad, es el símbolo del hombre blanco. Y es completamente vano explicar a los partidarios de estos lobbies que la venta libre de fusiles y pistolas no hace sino reforzar la violencia que, supuestamente, debe combatir. Porque, lo que defienden, profundamente, no es una cierta concepción de la seguridad, es una cierta concepción de su identidad viril y racial.

Por un fenómeno de "histéresis" muy dado en perpetuar las relaciones raciales, incluso después de la abolición de la esclavitud, los "guns" permanecieron siempre como una apuesta identitaria, y es porque ésta es particularmente perceptible, aun hoy, en los estados del sur y del oeste, donde la amenaza de los negros y de los indios fue más fuerte que en otra parte. Al final del siglo XIX, y a principio del XX, aun antes de linchar a quien sea, las brigadas del Ku Klux Klan (KKK) se anunciaban primero gracias al ruido de las armas de fuego que disparaban, señal de la

llegada de la potencia de los amos blancos, vestidos de igual color.

Esta cuestión estuvo igualmente presente durante la batalla por los derechos civiles, en la década de 1960. Los *Black Panthers* fueron siempre acusados de poseer armas. Y a veces era cierto. En el espíritu de los conservadores la imagen de un negro poseyendo un arma de fuego, siquiera de manera legal, constituía un desafío, una provocación, una situación de alguna manera *contranatura*. Y mientras la policía blanca, la CIA y el KKK no se privaban de usar las formas más radicales de la violencia racial, las asociaciones negras estaban invitadas a usar la no violencia y renunciar a la posesión de armas de fuego. Es la elección emblemática que hizo Martin Luther King, lo sabemos muy bien.

Al contrario, numerosos grupos negros hicieron de la posesión de armas de fuego el instrumento de un orgullo reencontrado. Las pistolas de las pandillas afroamericanas de Baltimore o de Los Ángeles no sólo tienen vocación de asegurar la dominación territorial a la que aspiran. De manera consciente o no, ellos representan igualmente la revancha racial de aquellos que las leyes, en otros tiempos, habían despojado y discriminado.

Aunque otras razones, totalmente evidentes y mucho más materiales, expliquen el recurso a las armas de fuego, el tráfico de drogas, por ejemplo, nos perderíamos de una parte de la realidad social, simbólica e histórica si no entenderíamos que, en cierta medida, se trata igualmente, para estos grupos sobreamados, de implementar una forma de resistencia negra frente a la dominación blanca, aunque las primeras víctimas de esta resistencia fueron ciudadanos negros de estos mismos barrios.

Aun hoy, eso explica que muchas asociaciones antirracistas militan en Estados Unidos en contra de las armas de fuego, no sólo porque los afroamericanos son las primeras víctimas de los disparos (sean de pandillas negras, sean de policías blancos), sino también, y más profundamente, porque estas armas son el símbolo histórico de la violencia colonial y de la dominación racial. Los negros que en Estados Unidos ven el vínculo entre esclavitud pasada y los problemas presentes son acusados de buscar excusas perezosas para su mediocre condición socioeconómica. Pero cuando vemos hasta qué punto los mismos blancos americanos son presos de sus angustias obsesionales y del síndrome de las armas de fuego, comprendemos, en efecto, que los argumentos de los afroamericanos no son tan falsos, porque en su conjunto la sociedad estadounidense (pero no sólo ella) padece todavía de las consecuencias patógenas y duraderas de su historia. ■

Louis-Georges Tin,  
desde Francia (traductor:  
Cédric Minne, desde Bélgica)

# Ante todo, Toña

Doble extranjería: migrante y trans

ATRAVESÉ CORRIENDO la Plaza Independencia porque llegaba tarde al encuentro. Toña me cito en su lugar de trabajo para conversar “cinco minutitos”. La única referencia que tenía de El Encanto de Perú era que estaba casi frente al casino. La calle Ciudadela tiene eso que escribió Jean-Luc Nancy sobre la virtud de algunas ciudades de mezclar y removerlo todo, de separarlo y disolverlo. En la misma cuadra se tocan y se rozan distintas realidades, pero no hay encuentro.

La cortina del restaurante está a “media asta” y dos hombres beben cerveza en la puerta. Son las cuatro de la tarde, pero adentro podría ser cualquier hora del día. Por un momento no me siento en Uruguay. Perfectamente podría estar en un boliche de Callao en el litoral peruano. Toña sale de la cocina y nos sentamos a conversar en la mesa más cercana a la puerta. La música nos obliga a acercarnos, a levantar la voz.

La conocí hace un año el día que murió Sofía. Fue un domingo de agosto en Bartolomé Mitre casi Piedras, en el restaurante de Miguel. A Sofía Chavez le dio un derrame cerebrovascular en el almuerzo. Cuando pedimos una ambulancia, mandaron dos patrullas y, en lugar de brindar asistencia inmediata, los policías nos exigieron varias veces su cédula de identidad. La ayuda llegó tarde y esa mujer nacida en Ayacucho, con más de 25 años de residencia en Montevideo, murió en el Maciel como NN. Poco después de la muerte de Sofía El Encanto de Perú fue clausurado y luego reubicado en Ciudadela casi Rincón. Quedamos entrelazadas porque fuimos testigos de una muerte anticipada, porque sin conocernos lloramos por la misma pérdida, por la misma impotencia.

## Orígenes

Toña nació hace 32 años en Huancaayo, la ciudad más importante de la Sierra Central de Perú.

Unas caravanas cuelgan de sus lóbulos gruesos. Una pinza rosada detiene sus trenzas negro azabache; algunas amalgamas enmarcan su sonrisa. Mientras conversa mantiene sus manos debajo de la mesa cubriéndolas con su delantal.

Hace ocho años salió de Perú por primera vez. No estaba entre sus planes convertirse en migrante, pero la oportunidad la cautivó. Casi sin pensarlo abordo un ómnibus con la ilusión de llegar a Italia. La propuesta le vino por medio de una prima que vivía en Lima. A ella y a otras 15 mujeres más les ofrecieron viajar a la bella Italia, con trabajo y papeles asegurados, un cambio de vida completo por sólo 3.000 dólares.

El proyecto soñado quedó trunco porque no llegaron a destino. Después de siete días de viaje sin ver la luz, el Mediterráneo seguía lejos.



Toña. / FEDERICO GUTIÉRREZ

Despertaron en Montevideo y no conocían a nadie. El único contacto era “el pasador”; se llamaba Gloria, pero al llegar a este país nunca más volvieron a saber de ella. Estaban solas con muy poca plata, sin papeles ni trabajo; eran sólo fantasmas recorriendo una ciudad desconocida.

¿Cómo entraron? ¿Qué fronteras atravesaron? ¿A qué autoridades corrompieron sus traficantes? ¿Quiénes miraron para otro lado? ¿Cuántos viajes como ése han ocurrido en los últimos diez años? No se sabe. La mayoría de los casos se disuelven en el anonimato, pero las prácticas son reconstruidas a partir de testimonios que rompen el silencio, aquellos que sustentan las afirmaciones de especialistas y organismos internacionales que dicen que Uruguay es un país de tránsito, origen y destino de la trata de personas.

La academia y los acuerdos legislativos se han encargado de establecer parámetros para distinguir el tráfico y trata. Según el Protocolo contra el Tráfico Ilícito de Migrantes, el tráfico es “la facilitación de la entrada ilegal de una persona a un Estado [...] con el fin de obtener, directa o indirectamente, un beneficio financiero u otro beneficio de orden material”.

Mientras que la trata, de acuerdo a lo señalado por el Protocolo de Palermo, no sólo implica el transporte y traslado sino también “la captación, la acogida o la recepción de personas, recurriendo a la amenaza o al uso de la fuerza u otras formas de coacción, al rapto, al fraude, al engaño [...] con fines de explotación”. El tráfico de migrantes puede transformarse en trata de personas pero tal “escalonamiento” no es fácil de documentar.

La realidad no respeta la claridad conceptual. La cadena delicada que se forma es porosa, difícil de rastrear y reconstruir.

En la historia de Toña los eslabones se diluyeron y hoy ella es una migrante más en Uruguay. Las redes que estuvieron detrás de su venida al país son sombras que siguen reptando y se mueven, que hacen que muchas personas muerdan el polvo. Son sólo un resplandor de oscuridad en la tierra.

El tiempo hizo de un posible delito una historia borrosa, de lágrimas secas.

Del resto de las mujeres con las que viajó poco se sabe. Según Toña, sólo ella se quedó en Uruguay, algunas se fueron a Argentina y unas pocas, incluida su prima, lograron llegar a Italia, pero “no recuerda” a qué se dedican.

## Trabajos que no

Para ella el mote de “chica trans” la aleja de la mujer que quiere ser.

Parafrasea a Simone de Beauvoir sin conocerla: “Yo no nací mujer, me hice”. Luego de una pausa, dice convencida: “Soy así desde niña”. Cuenta que sus padres la aceptaron “como es”, aunque confiesa que a su padre le costó un poco más que al resto de su familia y la molestaban en la escuela hasta que dejó de ir. Creció en una familia de siete hermanos cerca del Valle de Mantaro. Trabaja desde que tiene ocho años.

Manda todos los meses plata a su familia y contribuye así a los miles de millones de dólares que recibe Perú anualmente por concepto de remesas.

En Montevideo sólo ha trabajado como cocinera en restaurantes pequeños con una gran afluencia de pescadores y

trabajadoras domésticas. No ha tenido problemas con la vivienda porque en los lugares donde ha trabajado siempre le prestaron un cuartito.

Ella sonríe como si los problemas del mundo fueran un holograma. En su relato no aparecen historias de violencia o discriminación. Aunque reconoce que nunca la aceptarían para trabajar en una casa de familia y que le han llovido ofertas para ejercer la prostitución, principalmente en un local de Carrasco.

Entre la comunidad peruana tiene fama porque es buena cocinera. Su comida termina siendo punto de encuentro para las polladas y los vacilones. Su vida transcurre entre las hornallas ardiendo, el aceite de las papas quemando, los tazones gigantes sazonando el pescado, el pollo, el lomito salteado y las historias de altamar que le cuentan los “boyeros”, esos pescadores en tierra que esperan a ser embarcados.

Ella es quizá otra hija del cosmopolitismo herido, del proyecto fallido del país al que le gusta la idea de integrar, de amar la diversidad, de pensarse multiculturalmente.

Si camina por la calle, si sube a un ómnibus, verá las interacciones de los otros, los uruguayos que tienen sus modos y un país para sí mismos. Transita los espacios de esta comunidad pero no forma parte. Los “guetos de migrantes” no construyen ciudadanía. Su mundo sigue siendo Perú.

## Papeles que no nombran

Como migrante en ninguno de los recorridos institucionales que hizo para regular su situación migratoria respetaron su identidad de género. Cuando le dieron su

cédula, gritaron el nombre con el que la registraron sus padres. Como sentencia cruel aparecía su rostro junto al nombre de quien no es.

Sueña con que su nombre esté consignado en algún papel oficial. Las estadísticas que revelan el dato de la feminización de las migraciones no la contemplan.

Quizá esa invisibilización muestra las dificultades que existen entre los funcionarios “que atienden personas” en abordar la temática de la diversidad sexual, de las minorías, de trabajar la interseccionalidad.

¿Cómo se interpretan de forma transversal leyes que abordan distintos temas pero que se complementan? ¿Cómo se garantiza “el reconocimiento del derecho a migrar y el acceso a iguales derechos sin distinción alguna”, consignado en la ley 18.250, y “el derecho al libre desarrollo de [la] personalidad conforme a [la] propia identidad de género, con independencia de cuál sea su sexo biológico, genético, anatómico, morfológico, hormonal, de asignación u otro”, que contempla la ley 18.620?

Lo siguiente lo escribo con toda la fuerza de mis dedos: la frontera invisible del progresismo legislativo sigue siendo la condición de extranjero.

## Otra Toña, cientos

Poco después de mi encuentro con Toña tuve un hallazgo: en un libro del escritor mexicano José Gómez encontré un breve relato de otra Toña, una mujer que vivió en México, en la capital de Guerrero, donde se asentó la familia de mi madre.

Es un bello y triste retrato de época que en tres páginas da cuenta de la historia de una mujer trans que tuvo que padecer en los 60 los tristes avatares de un pueblo plagado de prejuicios y odios. El autor le da la voz al “chusma” del pueblo y le sugiere ante la duda de sobre cómo iniciar la historia que empiece contando lo principal: “La Toña era un joto azotado, la primera loca que se recuerde en Chilpancingo”. Era finales de los 50 y en aquella ciudad aún no había llegado la televisión, no se habían consolidado las luchas por la identidad, no existía la palabra transfobia, pero los insultos, los abucheos, el acoso y la violencia sí. Cuando podía, ella se defendía de las injurias exclamando: “Tú qué sabes de amores si nunca te han besado”. Esa frase la había tomado de una novela radiofónica de la que era seguidora, esa frase pronunciada en ese contexto lograba constituirse como una reivindicación, una demanda urgente que detenía el tiempo y pronunciaba una libertad para amar sin patologizaciones, acoso, amenazas de violencia ni criminalización. Toñas en espejo. ■

## «FICCIONES PROPIAS»

## Pura sangre

Abro un alhajero que llegó a esta casa, de manera insospechada o de modo que ya ni recuerdo.

Parece un exótico objeto de arte, pero creo que es una porcelana común realizada por la mano refinada de un artesano que no tuvo oportunidad de llegar a la *école* parisina de altos estudios de arte.

Abro su tapa frágil, con dos flores de cina-cina pintadas casi a pulso, y me remueve el olor temprano de un vómito. Es el de aquel bebé que tuve en mis manos, que fue mío, que llevé entre el diafragma y mis senos, que vivió dos días. Vomitaba tanto que no pudo vivir. No soportaba el alimento, el agua ni la leche. Sus pequeñas vísceras rechazaron la vida y se fue en un suspiro, como un pequeño ángel que no llegó a tener nombre. Palpitamos su ausencia desde la gestación. Adiós, pequeño vómito de carne virgen, fétida criatura que te cruzaste entre la vida y yo, dejándome de lado, en el reino de las tías.

Revuelvo en otras joyas que no son piedras ni plata, sino trazos de memoria, petrificaciones de materia que no son de nadie y somos todos. Tempranamente tuve esa cualidad extraña de contactar con ese sitio donde la memoria es de nadie. Las fulguraciones de las imágenes atraviesan mi conciencia, me invade otro recuerdo.

Es tu pelo rubio, de 30 años, tu mano no muy grande en mi mano, con 17 años más que vos, que hacés pesar como si fuera una anciana totémica.

Es verdad que hace tiempo fui tu profesora, pero de modo natural y sin causa aparente, comenzamos a hacernos amigos. Claro que respeté tu neurosis casi infantil de no tener sexo, porque yo era mayor en casi todas las cosas, y siempre la piel de las pendejas fueron tu calentura. También, estubo tu rancia pertenencia a una clase conservadora que pateás cuando podés, con desmanes de resabio punk, con Solaris convenciéndote de que gritando harías la revolución y así caen gobiernos y poderes. Esa pertenencia incómoda a una alcurnia de acomodados de pueblo permitió hacerte mi amigo, con los exactos límites de piel. De acuerdo, siempre me acomodé a todas las posibilidades. Amo la amistad, de la forma que se da. Tampoco me calentaste nunca como para no poder mirar hacia otro lado. Pero luego de tus remilgos de macho capitoneado por la capital y lecturas de Nietzsche, me cagaste en el mismo momento en que empezábamos a ser socios.

Tu pelo rubio pero de poca monta se fue juntado con otras cabezas amarillas y me cagaste, haciendo saber que esos años de amistad, bares under y banques

de cabeza eran pura representación de algo que no conocías: la fragilidad de la experiencia amorosa de lanzarse a los brazos de ese amigo, que, siempre al lado nuestro, caminará, con cierta distancia acompañante. Tuve que matarte, con un dolor tan grande que aún miro mis manos, y están ensangrentadas.

Revuelvo con un sabor amargo el alhajero y crece una piedra, preciosa ella, toda marrón claro y pelo corto. Es el Chongo, mi caballo desde los cuatro años. Capa parda, crin oscura, sin linajes ni herencias genéticas dignas.

Un precioso caballo bueno para una niña mala. Desde que nací sentí la pesadumbre vital, pelea expresa con el deseo de mi madre de que yo no superviviera. Aguanté el odio de mis hermanos, su manoseo existencial. Aguanté la burla de ser la mejor de la clase, pero no tener apellido para las monjas, que me hicieron la vida imposible. Aguanté el escozor del deseo de Daniel. Nos amamos tanto a mis 13 y se tiró por una ventana a sus 19. Todavía amo su boca, llena de saliva, sintiendo la plenitud deseante, y a la vez, la angustia de que la vida no sería demasiado larga. Su saliva aún, a la que nunca le encontré palabras. Chongo, mi caballo, sostuvo y me llevó por la perfidia infantil -respuesta

ante el pasado y el futuro-, la siempre inadecuación de mi existencia, el inevitable conflicto esculpido por el ácido que me teñiría en las pocas veces que, enfrentada al amor, saldría quemada o manchada en sangre. Como un Rocinante provinciano, mi Chongo rocinante siendo rocín, ahora, como pensó el Quijote sobre el antes. Mi Chongo rocinante.

Me sostiene aún esa montura, ese montaje en pelo, al que me subo cada mañana, o a veces, cuando necesito un cuerpo que me contenga y sea seguro. Ese fulgor del Chongo en mí fue para siempre duración balbuceante y persistente del estar.

Cierro el alhajero de memoria, por hoy no puedo resistir más estar en esta vida, con la mano extendida recibiendo vacío.

Miro alrededor y veo cuatro tipos reclinados sobre sus pechos, con hojas y ojos abiertos, esperando un fulgor. Son seres vengativos, oscuros caballeros y damas, que templan la escritura desde antiguo. Dicen y me uno: a escribir, idiotas, que hay gente diezmada. A cabalgar con nuestras manos ensangrentadas sacando los bebés muertos y los amantes de sus tumbas, revivirlos en nuestras laceradas y amorosas letras, con voces, ahora sí, encontradas. ■

Carmen De los Santos

## YO NO SOY

## Campeón

Me sentía genial. Habíamos ganado y volvía en un coche a mi casa. Respiraba fuerte y el sudor del partido se me pegaba al cuerpo mientras me enfriaba. El Tole estaba igual que yo pero fumando un pucho y manejando ese auto sucio mientras hablaba por teléfono con la novia.

Abrí la ventanilla para que la noche me soplara la cara. No precisaba nada, pero había que festejar la épica victoria con algo. Teníamos un hombre menos pero les jugamos igual, y los veinteañeros-metrosexuales no pudieron contra cuatro tipos a los que se les notaba en la piel la mala vida y lo poco entrenados que estaban en eso de correr en una cancha durante una hora. Pero no pudieron contra nuestro espíritu de lucha.

Si yo estaba contento, no me imagino la alegría de los combatientes de batallas reales, que viéndose en una alarmante inferioridad numérica en el campo de batalla, igual resultaban victoriosos, vivos. Cosas del fútbol.

Había un litro de cerveza esperándome en casa. Y mi novia, que andaba un poco cruzada últimamente. No estábamos en nuestro mejor momento. Había unos silencios que me sonaban muy raros y un monón de quejas que los disimulaban. No era mala idea llegar, darme una ducha, tomar cerveza y coger un rato, con ímpetu, para después comer algo y caer dormido, feliz hasta el otro día. Lo cuarto era lo más difícil. La fantasía que sabemos que hay chance de que se cumpla pero nunca se cumple.

Me sentía un campeón pero sabía que ese sentimiento iba a desaparecer con la misma rapidez que se evapora el sudor.

Mi novia, Laura, se había quedado en casa tomando mate con Roxy, una compañera del trabajo. Ahora estaban en diferentes turnos, así que los sábados a esa hora se juntaban a conversar.

Roxy me detestaba, no sé lo que Laura le habría contado, pero a mí apenas me hablaba y cuando lo hacía era para criticarme abiertamente. Yo me lo tomaba con humor y hasta me divertía irritarla, pero esa mujer le estaba llenando la cabeza a Laura con esas estupideces del feminismo y ahora yo tenía que hacer el doble de tareas en la casa.

Con el Tole sonreíamos a toda velocidad, describimos nuestras mejores jugadas y elogiamos nuestros goles. Mi corazón estaba rápido todavía. Paramos en un semáforo y vimos cómo parecíamos dos tenues antorchas de vapor vivientes. Le tocamos un bocinazo cortito a una mujer. Cuando nos miró, vimos que era tan espantosa que nos quedamos callados. Tole se secó el sudor de la cara en la camiseta del Panathinaikos. Tiró el pucho, escupió a la calle y me preguntó cómo andaban mis cosas con Laura, a la vez que metía el cambio frente a la luz verde.

Anatole es de los tipos que sabe mirar los ojos de la gente y ver si algo anda mal o bien o como siempre. Para peor mis ojos son tan expresivos que me dejan muy seguido en esa impúdica situación.

Creí que era una de esas veces en que el que hace la pregunta quiere en realidad que le pregunten a él, así que le contesté que bien, y le devolví la pregunta intacta. Entonces empezó a contarme lo bien que estaba su vida y que, por primera vez, cada vez le iba mejor.

La pregunta me atropelló de nuevo sin que nadie la diga, pero no me pareció un momento adecuado para ponerme a hablar sobre esas mariconadas. Ahora llego a casa, una duchita, una cerveza y una buena chupada de verga para el goleador del partido, dije alardeando. Mentiras. Las cosas con Laura no andaban bien, pero nada está bien todo el tiempo. Hacía poco que vivíamos juntos, y por más problemas que tuviéramos estábamos empezando, comprometidos con lo nuestro.

Con el Tole nos reíamos y olíamos mal. Era un buen tipo Tole. Me alegré de que sus cosas marcharan bien, me hubiera gustado invitarlo y que se quedara a cenar, pero se me ocurrió tarde.

Entré y todavía estaba Roxy. Me miraron como sorprendidas, y pensé que era por mi abundante sudor apestoso. Entonces tuve la brillante idea de ir a saludarlas con un beso. La idea era molestarlas, sobre todo molestar a Roxy. Que ni se te ocurra, imbécil, fue la consigna bajo la que se alinearon, y me empujaron con sus pies contra la lámpara de pie. Un horizonte de luz y sombra quedó temblando en el espacio.

¿Cómo te fue en el partido, bobo?, me preguntó Laura. Le hice un breve y belicoso resumen. Me pareció raro que preguntara. Roxy se levantó del sofá, agarró sus cosas, le dio un beso a Laura, me miró con una de sus caras de desprecio, algo que tomé como un saludo. Sos un asco, me dijo. Estaba linda, con una desprolijidad atractiva. Llevaba una pollera que si bien no era corta, era una pollera al fin.

Creo que nuestra enemistad con Roxy empezó un día que me encontré mirándole

el culo cuando me vio en el reflejo del televisor apagado mientras buscaba un cenicero.

Laura parecía una fría y gris mujer al lado de ella.

Fui al baño, me lavé el rostro con abundante agua, destapé la cerveza y me tiré en el sofá a rumiar algún artilugio seductor. Si me hubiera bañado al llegar, capaz que tenía más suerte.

¿Ya vas a ponerte a tomar cerveza?, me dice. No me acordaba bien de cuándo había sido la última vez que habíamos tenido sexo. Hurgué en mi memoria y como por accidente empecé a excitarme.

Dejé la botella en la mesita, me paré frente a Laura, la agarré suave de los brazos y nos miramos a los ojos. Vi una especie de miedo a que me acercara, como si le diera vergüenza. "Salí, no me toques, no estamos bien. Sabés que no estamos bien, tenemos que hablar".

No sólo el humilde plan de coger con mi mujer estaba fracasando, sino que además iba a tener que soportar una de esas charlas de pareja. Además, siempre terminaban igual: ella llorando a mares y yo prometiendo ser mejor. Vaya recibimiento para el máximo artillero del partido.

Pero no me iba a dar por vencido, ni iba a permitirle destrozar mi momento particular de gloria y hombría así porque sí.

La agarré suave de los costados de su cabeza y la besé para que no siguiera hablando. Me besó raro. Entonces entendí todo en ese instante, con ese único beso, su gesto y su sutil aroma. Como si yo nunca hubiera chupado una concha. ■

Gonzalo Cousillas

# EL CIGARRILLO, ESE ANTICIPO

Apagué la luz y te escuché respirar mientras te cepillabas los dientes. Cerraste la ventana y terminaste de oscurecer la casa. Sentí en mi entresueño cuando entraste al cuarto, te sentaste a los pies de la cama y me preguntaste, otra vez, si estaba bien. Preferí hacerme el dormido. Te metiste en la cama y tu olor de nuevo, el olor de aquella noche en invierno cuando te ofrecí vino y me pediste que no volviera a fumar. Fumé igual. Volví a darme vuelta y otra vez el olor de tu espalda. Te abracé y ya estabas dormido. Me quedé mirándote sin decirte las miles de palabras que quedaron a medio camino, atragantadas. El miedo otra vez. Prefiero el silencio aunque a veces lo digo, decir eso sin culpa. Me desperté con la luz prendida y vos a los pies, desnudo, preguntándome otra vez si estaba bien.

Recordé la foto pegada en la heladera. Busqué un cigarrillo, tragué el humo profundo, contemplé tu espalda y la mía, las dos espaldas mirando el mar. Otra vez el mar, susurré, cuando me bajé del camión en Cabo Polonio y te busqué entre aquel atardecer de verano con olor a sal y el ruido de un reggae. Me fundí en tus brazos cortos, en un abrazo apretado. Volví a susurrar otra vez el mar. Me quedé abrazado a vos. Caminamos mucho hasta llegar al rancho. La arena espesa me impedía seguir el ritmo de tu andar tranquilo, encorvado, y otra vez el mar. Intenté copiar tu ritmo, pero la arena se pegaba en mis pies, se colaba en mis zapatillas. Pensé en los ritmos, de cuando andamos juntos, de querer imitarte y no conseguirlo, esa ansiedad, esa rabia. Tuve miedo de no poder seguirte. Mis manos sudaban de cansancio y mis pies llenos de arena espesa. Me detuve y nos sentamos. Otra vez el mar, marrón, revuelto por la lluvia del mediodía. Ese mar que se perdía en aquel atardecer naranja. Te apreté el brazo, me di vuelta, abrí mi bolso y saqué la cámara. Quedó la foto, la que está en la heladera. Estamos de espaldas mirando el cielo naranja intenso y otra vez el mar.

Caminé hasta la orilla. El viento secó las lágrimas de mi cara. Estaba cansado, agotado del llanto. Mis lágrimas se mezclaron con el mar, me reflejé en él y volví a llorar. Me quedé en silencio, una vez más. Intenté comprender cada gesto de tu cara inmóvil y desesperada. Ya no quiero descifrar nada, sólo quedarme callado me salva ese aliento frío, de no entender por qué ni cómo fue que sucedió. Era verano, la arena de un lado y de otro, yo ahí parado, tratando de no llorar y de entender. Lo mejor



Federico Murro

era no seguirle dando vueltas a tu cara, a tus gestos. Busqué en el fondo de mi short un cigarrillo, no tenía. Me acordé que lo saqué antes de que se quebrara y el tabaco ensuciara la tela. Me había quitado el short húmedo, sudado para poder deslumbrarte entre las velas y el ruido del mar. No te acercaste, me quedé tumbado esperando tus manos, tu respiración, tus ganas de mí. No sucedió nada, me puse el short y salí en silencio, llorando hacia el mar. Contemplé mi reflejo desdibujado, quebrado, mientras las lágrimas brotaban como las palabras que no te dije, aquella tarde de regreso a casa.

Me despedí desde el taxi, el olor a gasolina al abrir la puerta hizo que no quisiera más el

cigarrillo. Ahí levanté la mano, incliné la cabeza, te saludé.

-Al aeropuerto, por favor.

El taxi tomó por la rambla. Era muy temprano, el alba. Quedaban rastros de la niebla de esa noche. Luego lo de siempre, trámites, valijas, despegue y vuelo. Aterricé en la ciudad cerca del mediodía. Una vez más, el señor con mi nombre en el cartel me abrió la puerta y tiré otro cigarrillo:

-Al hotel, por favor.

Duché mi cuerpo transpirado, agotado. Me pesaba. Leí las noticias. Entre anuncios de fin del conflicto y promesas de paz vi el comienzo de la lluvia en lo alto de aquella habitación de hotel, solo. El mensaje que te envié temprano desde el aeropuerto no tuvo respuesta. Incompleto. Me arries-

gué, te envié otro. La ausencia de respuesta fue acompañada por el cese de la lluvia. Di una charla. Aplausos, comentarios y críticas. Insistí, otro mensaje. Anticipé entonces que no habría respuesta cuando recordé tu despedida, fría, con tu mano levantada y el olor a gasolina de esa mañana.

Llegaste pero no del todo. Caminabas por la casa, de un lado al otro. Te movías rápido, intentaba seguir tu prisa. No lograba alcanzarte. No entendía qué querías. Lo único que me calmaba era tu mirada, atenta, la que me sosegaba siempre. La ansiedad se desquitaba con mis uñas, con mi piel, me lastimaba. Inventé una tregua cuando vi que te desvestiste y entraste en la ducha. Fallé, no lo conseguí. Lo siento. Me adelanté

a la victoria de una batalla injusta, confusa. Perdí, como siempre. Me vestí, serví café y encendí un cigarrillo. El humo te molestaba, empezabas a protestar. La excusa de no besarme, de no abrazarme estaba allí, generada por mí. Ahora el humo y yo éramos la molestia. El cigarrillo nunca te significó nada, ni siquiera en aquellas recorridas nocturnas cuando abrazabas mi espalda desnuda luego del estrago provocado por el deseo encarnizado. Ahora no había deseo, el tuyo. Ya no existe siquiera un nosotros. Tampoco tengo un cigarrillo para poder ocultar con el humo otra de mis derrotas. No hay piel, tampoco uñas. Las excusas sobran. ■

Damián Rodríguez

Apoyan:



2015-2025  
DECENIO DE LAS PERSONAS  
AFRODESCENDIENTES  
RECONOCIMIENTO :: JUSTICIA :: DESARROLLO



Ministerio de  
Desarrollo Social

Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco / Ilustraciones: Federico Murro / Textos: Gonzalo Cousillas, Gonzalo Curbelo, Carmen De los Santos, Gabriel Delacoste, Valeria España, Alicia Migdal, Damián Rodríguez, Louis-Georges Tin / Corrección: Magdalena Sagarra / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira